

# Otro héroe sin épica en *Cinco esquinas*

Miguel Ángel Flores

A Mario Vargas Llosa la experiencia autobiográfica le proporcionó suficiente material como punto de partida para la elaboración de sus novelas. De su paso por la escuela militarizada, que no militar, Leoncio Prado, obtuvo todo el material para escribir su primera obra, *La ciudad y los perros*. Lo más importante para él de su estancia en ese centro escolar fue descubrir el rostro múltiple de su país, la complejidad social y la variedad racial. Allí se le reveló el rostro de la injusticia, la crueldad y la marginación, entre otros asuntos. La novela, ya se sabe, lo elevó al olimpo de la fama. Ganó muchos lectores, no sólo en español, que ya no lo abandonarían. El profesionalismo y la determinación con la que asumió su oficio rindieron el fruto de varias obras que fueron afirmando su prestigio. Desde joven se impuso la disciplina de “ningún día sin escribir una línea”. Pero el joven Vargas Llosa al momento de recibir los honores de esa nueva Jerusalén que sigue siendo el eje Barcelona-Madrid ya había viajado a la selva en compañía de etnólogos profesionales. Realizó un viaje a la región del Amazonas peruano en una época en que los desplazamientos por esa zona constituían un verdadero riesgo al que se sumaba todo tipo de aventuras. Esa expedición le permitió conocer otra faceta de su país. Su infancia no fue la del niño limeño sino la de aquel que había descubierto las realidades de la condición humana en una ciudad marginal como Piura, en la costa norte. Con la suma de ese material biográfico nació la segunda novela: *La casa verde*, en la que el joven autor ponía de manifiesto su talento como narrador. La lección, forjada con la lectura de los grandes novelistas, había sido bien aprendida: Vargas Llosa consolidaba su naciente presti-

gio como de los más importantes autores en lengua española. Asombró por su habilidad para armar una estructura narrativa muy intrincada mediante técnicas manejadas con destreza.

A pesar de las dificultades, en un país sin lectores y sin estímulos para la creación artística, Vargas Llosa se empeñó en consumir su vocación literaria. Pero ni los estudios universitarios, ni los múltiples oficios que debía desempeñar para sobrevivir (se había echado a cuestras las responsabilidades que conlleva un matrimonio) lo apartaron de su oficio de escritor. Los estudios universitarios estuvieron aderezados con la actividad política. Sus años universitarios coincidieron con la dictadura del militar Manuel Odría, que no paraba en mientes para mantener su férreo control político. También, durante ese mismo periodo, llegaron los libros de Jean-Paul Sartre a Perú. El pensamiento de Sartre le daría a Vargas Llosa la justificación de adoptar el papel del intelectual “comprometido”, tesis muy de moda en los años cincuenta y sesenta. El entusiasmo por la obra del escritor francés le valió el apodo que le puso uno de sus amigos: “el sartrecillo valiente”. La militancia junto a los comunistas y la simpatía por la Revolución cubana le darían una proyección continental a su papel como escritor, que no sólo se constreñía a los textos de ficción sino que se desbordaba en la redacción de ensayos literarios y análisis políticos.

El interés por la actividad política, la corrupción, la miseria en la que viven grandes capas de la población, la rapacidad e ineptitud de la clase en el poder se convirtieron en parte importante de su actividad como escritor. Vargas Llosa aspiró a escribir grandes frescos que reflejaran la

poliédrica realidad de la vida cultural y política de su país. Un país que ha sufrido una enorme fractura racial (aún no superada) que hace sentir su onda expansiva en todos los ámbitos. Un país dividido entre blancos, dueños en algunos casos de honras y vidas, y los demás, parte en la que se incluye a una frágil clase media, una gran masa de población de origen indígena a cuyos miembros se les llama despectivamente *cholos*.

El tema del poder y la dictadura, y Perú en el corazón de su proyecto literario, dieron como resultado una de las novelas más importantes del siglo xx latinoamericano: *Conversación en La Catedral*, registro de los años de Perú bajo la dictadura de Odría. Una de las frases al comienzo (“¿en qué momento se jodió el país?”) exhibía ya un proyecto narrativo. La novela se apoyó en una impecable técnica narrativa con registros de lenguaje precisos y una gran densidad psicológica de los personajes. El *thriller* fue su recurso para mantener la tensión de los hechos políticos. La famosa “vuelta de tuerca”, en cada fragmento de la trama, atrapa en el momento preciso el interés del lector hasta su final.

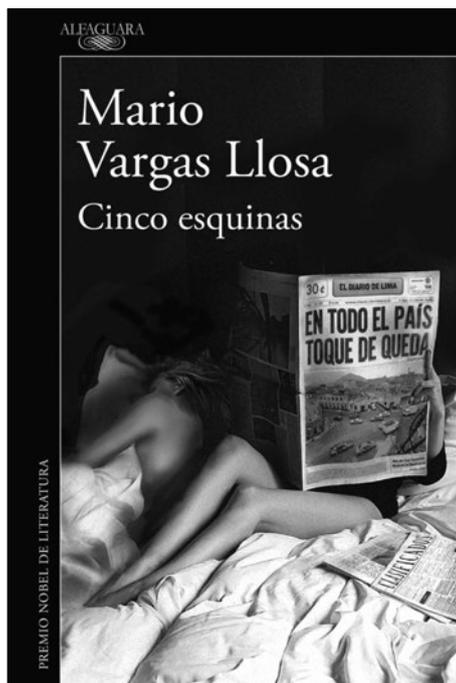
Después vinieron más novelas que consolidaron su prestigio. Algunas excelentes, otras sólo aceptables por su factura. Después de *La guerra del fin del mundo*, inspirada en hechos que tuvieron lugar en el sertón brasileño, historia de iluminados y desposeídos, ya nadie podía poner en duda las cualidades de Vargas Llosa como narrador.

Su biografía reciente se conoce bien. La persistencia en el oficio y su vitalidad como escritor se vieron coronadas en 2010 con el Premio Nobel. Pero hubo antes el desafortunado episodio del escritor como

político. Y mucho antes, su desilusión de las ideas políticas que profesó en su juventud, su alejamiento y luego negación de la Revolución cubana.

El escritor no se conformó con el análisis y la reflexión escrita, sino que se sumó a los escritores que han sufrido la tentación del ejercicio del poder. Todo parece indicar que no caben en una misma persona el escritor y el político. Vargas Llosa empezó criticando al gobierno de Alan García, político profesional, imbuido en su primer periodo como presidente de una ideología populista que desembocó en el desastre económico, que se tradujo en una mayor miseria para aquellos a los que quiso redimir socialmente. La nacionalización de la banca fue el detonante de la decisión de Vargas Llosa de competir por la silla presidencial. Se opuso a esa nacionalización y comparó a México con Perú en el famoso discurso de la Plaza San Martín, que marcó de hecho el inicio de su actividad como político profesional. Vargas Llosa asumió un papel que no le correspondía al carecer de la experiencia y las cualidades necesarias para los menesteres rudos de la lucha política. Caía con facilidad en las provocaciones de Alan García. Sus simpatizantes (la mayoría de las filas de la derecha analfabeta concentrada en sus intereses particulares) no le ayudaban a ganar la adhesión de la mayoría del pueblo ausente en el banquete de la repartición de los bienes debido a su arrogancia hacia los cholos. Y lo peor para Vargas Llosa fue que empezó compitiendo contra el partido de García, el APRA (Alianza Popular Revolucionaria de América), y se encontró en el camino con su verdadero rival: un oscuro ingeniero agrónomo, de origen japonés, llamado Alberto Fujimori.

La campaña de Vargas Llosa se saldó con una dolorosa derrota. Muy tarde se dio cuenta de qué calaña eran sus simpatizantes: muchos jóvenes ricos de la clase acomodada de Perú, al enterarse del resultado electoral desfavorable para el autor de *La tía Julia y el escribidor*, acudieron a su casa al grito de “golpe, golpe”, es decir, golpe de Estado, seguros de que recibirían el apoyo de los militares. Vargas Llosa los calló y les dijo que se avergonzaba de ellos. El escritor hizo sus maletas y se marchó a



París, donde retomó su carrera de escritor, que en verdad nunca suspendió ni en los días más atareados de la campaña.

Fujimori sorprendió a todos cuando con el paso del tiempo se hizo evidente que bajo sus suaves maneras orientales se ocultaba un corazón que latía al ritmo de la ambición desenfrenada por el poder absoluto. No admitía disidencias, no aceptaba ninguna oposición a sus formas autocráticas; provocó un autogolpe de Estado y empezó a gobernar como si fuera el alumno más adelantado de Odría. Sus opositores sólo tenían tres caminos: encierro, entierro y encierro. Basaba su prestigio en el logro de haber pacificado al país al acabar con la pesadilla del terrorismo, actividad que había representado un alto costo político y económico para el Perú. También tenía el mérito de haber renegociado la deuda externa y de haber llegado a acuerdos con el Fondo Monetario Internacional, al que había confrontado Alan García. Pero todos esos méritos quedaban opacados al lado de su política represiva.

Lo primero que se le ocurrió para consolidar su posición en la cúspide de la pirámide política fue otorgar poderes omnímodos a un mediocre y también oscuro personaje, inescrupuloso y dueño de una ambición sin freno, para que se encargara de las labores de espionaje y control político. Con sus malas artes, el doctor Vladimiro Montesinos (en Perú se llama doctor

a los que tienen el grado de licenciados), un antiguo oficial del ejército peruano, degradado por acusaciones de espionaje, y que en sus años de prisión estudió derecho, se encargó de montar un aparato de represión bien aceitado. Responsable del asesinato de estudiantes descontentos con el gobierno de Fujimori, de corromper y sobornar a periodistas, de grabar secretamente videos con personajes del mundo de la política para luego divulgarlos por televisión y lesionar su imagen, puso en la mira de sus enemigos a Mario Vargas Llosa, que desde Europa escribía contra el régimen de Fujimori denunciando sus atrocidades. Esa es la explicación de que el escritor haya adoptado la nacionalidad española.

Las actividades secretas y las intrigas del doctor bastaban para armar otra obra como *Conversación en La Catedral*. Otro gran fresco sobre las barbaridades que impregnaban el gobierno de Fujimori. Una posible novela tan rica y tan compleja como la que aborda los años de Odría.

Lo que más repugnaba a Vargas Llosa durante el fujimorato era el uso que se daba a cierta prensa, la llamada amarillista, como forma oculta de control político. La mejor arma del doctor contra sus enemigos era financiar a esa prensa para que se encargaran de destruir reputaciones entre la clase política, y esa prensa, engolosinada, se aprovechaba de ese “privilegio” para aniquilar a quienes se atrevían a criticarla.

La más reciente novela de Vargas Llosa, *Cinco esquinas*, tiene como centro el tema del poder y la dictadura. El marco de la trama es una historia de degradación y humillación a cargo del enigmático doctor cuyo nombre nunca se menciona en la narración. Armada con la destreza técnica que lo caracteriza, utilizando el recurso del *thriller*, la novela consigue mantener la atención del lector pero al llegar a la última línea, el resultado es decepcionante. El telón de fondo de la trama es la ciudad de Lima azotada por el terrorismo de Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA), organizaciones que se habían adueñado plenamente de la escena política durante la época de Alan García y que ahora con el nuevo gobierno comenzaban su declive debido a la resuelta actitud de Fujimori

de acabar con ellas. Pero ese hecho positivo se anulaba por la tendencia de este de utilizar el chantaje y la difamación como armas para aniquilar a quienes consideraba sus enemigos. Con el fin de disminuir las posibilidades de acción del terrorismo, la vida nocturna de la ciudad de Lima estaba limitada por el toque de queda. Como en la *Cenicienta*, a determinada hora se suspendía cualquier desplazamiento por la ciudad.

La novela empieza con una pareja de amigas, Marisa y Chabela, que se han reunido en el departamento de una de ellas para platicar. El inminente toque de queda obliga a Chabela a pasar la noche en compañía de su amiga. Compartirán la ancha cama matrimonial y accidentalmente descubrirán los secretos de un tabú sexual que las desborda. Basta un instante para que al contacto leve de sus cuerpos el deseo y el placer borren cualquier rastro de pudor y prejuicio. Una cama *king size* se convierte en la isla de Lesbos. Lo que sucede en ese encuentro no será un accidente, se volverá la confirmación de un amor que se consolida en un viaje de la pareja femenina a Miami. Marisa y Chabela están casadas, respectivamente, con Enrique Cárdenas y Luciano Casasbellas. Uno es un acaudalado empresario minero, y el otro, el próspero dueño de un despacho de abogados. Los hombres han anudado una fuerte amistad desde la juventud. Las esposas se hallan sujetas a todos los condicionamientos sociales de su clase y no están dispuestas a confesar a otros su amor. La historia se entrelaza con los hechos y sucesos del dueño de un periódico amarillista y sus dos colaboradores más importantes: Julieta Legizamón y Ceferino Argüelles. Lo que desencadena todo el entramado es el intento de chantaje que el director del periódico, Rolando Garro, plantea a Enrique Cárdenas, que en su ingenuidad había asistido a una fiesta que resultó en una orgía y en una trampa para él. Ignoraba que el fotógrafo del periódico amarillista, Ceferino, había sido contratado por un enigmático personaje, de origen desconocido y sospechoso en su comportamiento, quien le ha ofrecido una buena paga por tomar fotos clandestinas de la orgía. Pero un día ese personaje de



Mario Vargas Llosa

nombre Kosut desapareció sin dejar rastro y sin pagar sus servicios al fotógrafo. Dos años después, falto de recursos, este se las ofrece al dueño del periódico, que trata de obtener un beneficio amenazando al empresario con su divulgación; al verse rechazado cumple con su propósito. Esas fotografías significarán la ruina moral de Enrique y provocarán el asesinato del chantajista. Enrique es acusado del crimen sin pruebas; uno de los mejores momentos es el descenso de Enrique a los círculos del infierno carcelario. La trama se desarrolla alrededor de una pregunta: si el empresario resulta inocente, entonces, ¿quién es el autor de la muerte del periodista? La respuesta es la base del *thriller* sobre el que gira la novela. Para Julieta, conocida como la Retaquita, una humilde muchacha de presencia insignificante, y mano derecha del director del periódico, el único culpable no puede ser otro que Enrique, el autor intelectual, pero carece de pruebas contundentes para demostrarlo. La Retaquita descubrirá que las cosas no son como parecen. Será llevada en presencia del doctor y por boca de este recibirá una lección de alta política perversa: el doctor la enterará de que su jefe Rolando era su testamento, estaba a sus órdenes; ahora que había dejado de existir, ella lo reemplazaría en este papel. Él le señalará a los enemigos a quienes hay que destruir. Cómplice contra su voluntad. Sí, como lo fue su jefe. El bienestar del que goza gracias al dinero que

el doctor proporciona a la revista se pagará con la anulación de su voluntad.

El doctor ha decidido quién es el responsable del asesinato de Garro: un anti-guero declamador, arruinado por Rolando, quien desde su periódico destruyó su reputación y nunca volvió a encontrar empleo. De ese incidente han pasado muchos años y ahora Juan Peineta, el declamador, arrastra su existencia dolorosamente. Se halla en estado senil, con la memoria dañada, pero sigue escribiendo cartas para denunciar la injusticia de que fue víctima por culpa del periodista. La pregunta es: ¿puede una persona en tal decadencia física y sin recursos, como lo era Peineta, asesinar a un hombre en plenas facultades físicas?

El eje de la novela consiste en que Rolando no había entendido bien el juego del doctor y había actuado al margen de él poniendo en peligro su juego al meterse con un personaje poderoso de la empresa privada. Enrique es eximido de culpa. Su mujer le confiesa sus amoríos con Chabela y en lugar de rechazarla se suma alegremente a la pareja para formar un *ménage à trois*, venciendo todas sus resistencias e inquieto de que su amigo Luciano los descubra.

La Retaquita se encargará de poner las cosas en su sitio: de villana del periodismo pasa, por su denuncia del doctor, a heroína de la libertad de prensa y ángel exterminador del dúo malvado. Una heroína más sin épica.

La novela se resiente del ritmo apresurado de la narración, del abordaje frívolo de la trama, sobre todo en lo que se refiere al tratamiento de los dos matrimonios, falta de elaboración en el lenguaje y, en el aspecto del erotismo, las descripciones más parecen propias de un manual pornográfico que de un fino erotismo bien formulado: no hay sutileza ni alusión. Uno pronto se olvida del telón de fondo constituido por una tremenda crisis política y moral.

Es verdad que Cervantes no siempre escribió quijotes, pero al menos siempre tuvo las cuerdas de su instrumento bien afinadas. **U**

Mario Vargas Llosa, *Cinco esquinas*, Alfaguara, México, 2016, 320 pp.